

Fecha de entrega: 6 de octubre de 2010

Fecha de aprobación: 3 de noviembre de 2010

LA CONDICIÓN HUMANA EN LA OBRA DE FERNANDO ORTIZ (1881-1969)

THE HUMAN CONDITION IN THE WORK OF FERNANDO ORTIZ (1881-1969)

*Pablo Guadarrama González**

Resumen

En este artículo se muestra cómo a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX Fernando Ortiz, gran figura intelectual en Cuba, dio a conocer la filosofía positivista en su país, y además, entregó una clara enseñanza a sus coterráneos sobre las diversas culturas, razas, etnias, etc., y sus modos de comportarse ante los sucesos de la vida. Así, se puede encontrar, por un lado, su trabajo antropológico, empírico, experimental, positivista; y por el otro, su reflexión sobre los actos y la condición humana, que dejan una conclusión muy interesante en donde reflexiona sobre el cómo los actos están determinados por caracteres subjetivos, objetivos, sociales, culturales, económicos y políticos; esto es, en todo acto humano existen diversas “fuerzas combinadas”.

Palabras clave

Positivismo, condición humana, antropología, actos humanos.

Abstract

This article shows how at the end of the nineteenth, early twentieth century, Fernando Ortiz, who was a great intellectual figure in Cuba, the introduced positivist philosophy in his country, and also gave a clear teaching to his countrymen about the various cultures, races, ethnicities, etc., and ways of behaving to the events of life. So you can find, on the one hand, his anthropological, empirical, experimental, positivist work, and on the other, his vision and his thoughts on human condition giving an interesting conclusion where he reflects on how human actions are determined by subjective, objective, social,

* Universidad de las Villas, Martha Abreu, Santa Clara, Cuba.

cultural, economic and political characters, that is, in every human action there are several “combined forces”.

Keywords

Positivism, human condition, anthropology, human acts.

Fernando Ortiz¹ es considerado por Juan Marinello como el “tercer descubridor” de Cuba (Marinello, 1969: 54.), después de Colón y de Humboldt. Más allá de cuestionables consideraciones sobre la condición propiamente de “descubridores” de los dos anteriores, lo importante en el caso del sabio cubano, en primer lugar, es que se trata de un

intelectual auténtico que supo desarrollar sus investigaciones antropológicas escudriñando la cultura cubana por dentro y en sus articulaciones con sus diversas fuentes. Esta labor le llevó a ser merecedor de un reconocimiento nacional —como se aprecia en su secretario Rubén Martínez Villena²— e internacional

1 Fernando Ortiz nació en La Habana en 1861. Su educación primaria y media la recibe en Menorca (Baleares). Inicia sus estudios de Derecho en la Universidad de La Habana en 1895 que concluye en Barcelona y posteriormente realiza su doctorado en Madrid. Trabaja como diplomático en España, Francia e Italia. Establece amistad con Cesar Lombroso y Enrico Ferri, quienes al principio tendrán decisiva influencia en su formación intelectual, especialmente en la criminología. No debe ignorarse que Ferri, independiente de sus concepciones positivistas, en el terreno de la criminalística, asumió posturas revolucionarias de extrema izquierda en el Parlamento italiano y defendió las ideas del socialismo.

Profesor de Derecho de la Universidad de La Habana dirigió durante medio siglo la Revista Bimestre Cubana y otras publicaciones e instituciones como la Sociedad Económica de Amigos del País, la Sociedad de Folklore Cubano, Institución Hispanoamericana de Cultura y el Instituto Internacional de Estudios Afroamericanos. Se destacó también por su actividad política como representante a la Cámara. Fue profesor de la Universidad Popular. Se vinculó a lo mejor y los más progresistas intelectuales de su época, como lo era el Grupo Minorista, oponiéndose a la dictadura de Gerardo Machado, que lo condujo finalmente al exilio en Estados Unidos. Declarado enemigo del fascismo en todas sus expresiones. Presidió en 1945 el Instituto Cultural Cubano-Soviético.

Numerosas instituciones académicas internacionales le reconocieron como un destacado investigador sobre los problemas históricos, sociales, antropológicos, étnicos, raciales, religiosos, musicales, etc. Dejó una amplísima obra escrita, mucha de ésta traducida a otros idiomas, indispensable para el conocimiento de la cultura cubana y caribeña.

Recibió el Doctorado Honoris Causa en Humanidades de la Universidad de Columbia, Estados Unidos, en Etnografía en la Universidad del Cuzco, Perú y en Derecho de la Universidad Central de Las Villas, Cuba. Fundó y promovió numerosas revistas culturales en su país y en el exterior. Falleció en La Habana en 1969 por lo que tuvo la oportunidad de apreciar en parte las transformaciones operadas en Cuba tras el triunfo revolucionario.

2 “Mañana, cuando triunfen los buenos (los buenos son los que ganan a la larga); cuando se aclare el horizonte lóbrego y se aviente el polvo de los ídolos falsos; cuando rueden al olvido piadoso los hombres que usaron máscara intelectual o patriótica y eran por dentro lodo o serrín, la figura de Fernando Ortiz, con toda la solidez de su talento y su carácter quedará en pie sobre los viejos escombros; y será escogida por la juventud reconstructora para servir como uno de los pilares maestros sobre los que se asiente la nueva República” (Martínez, prólogo a *En la Tribuna de Fernando Ortiz*).

que cruza las fronteras de cualquier disciplina científica³.

Su obra recogió la herencia cultural del siglo XIX y junto a ella recibió la influencia de la filosofía positivista, con la particularidad de que su identificación, con ésta partió no del terreno propiamente filosófico, sino a través del positivismo criminológico. Ortiz representó el eslabón final de mayor relieve de la cadena de positivistas *sui generis* cubanos de ese período (Guarrama, 2004). Aún cuando no dejó como en Andrés Poe y en Enrique José Varona una obra sistemática sobre esta filosofía; la huella de la misma quedó marcada en toda su labor científica y cultural, en especial, durante sus tres primeras décadas.

Tras la muerte de Varona ocurrida en 1933, Fernando Ortiz se convirtió en la máxima figura intelectual de Cuba, por lo que resulta significativo que los principales representantes de la cultura en este país, durante el primer tercio del siglo XX estuviesen influidos por el positivismo, en particular de corte spenceriano.

Su significativa actividad en el terreno jurídico culminó en la elaboración de un código penal con criterios positivistas que fue traducido al francés y al italiano, y elogiado por múltiples personalidades cubanas⁴ y extranjeras en este campo, como el mismo Enrico Ferri. Su labor intelectual se fue ampliando paulatinamente para una mejor comprensión transdisciplinar, tanto

de la cultura cubana como de la sociedad en general.

Sus reflexiones sobre la condición humana no deben ni pueden sintetizarse en una sola idea, ya que deben ser consideradas en las distintas etapas de su prolongada evolución intelectual e ideológica. Formado bajo la influencia positivista, que tuvo, inicialmente, la impronta socialdarwinista, biologicista y reduccionista tanto en el plano epistemológico como sociológico, muy común a aquella generación del tránsito secular. Sin embargo, supo gracias a su osadía científica emanciparse de los *ismos* del siglo XIX e incursionar en una visión más holística y compleja, de lo humano, donde el componente volitivo, afectivo, irracional y aún místico, ocuparan su lugar incluso cuando no se compartara todas y cada una de las conclusiones que de estas se derivaron.

La obra de madurez de Ortiz, a partir de sus estudios sobre las religiones afrocubanas, las razas, la música, los bailes, las artes, etc., le condujeron a una mejor comprensión de la condición humana, superando trasnochados esencialismos metafísicos, así como la perspectiva reduccionista de una inalterable naturaleza humana que le permitieron considerar la dialéctica mutabilidad condicionada de a forma y el contenido de la realización de lo humano.

Sus investigaciones antropológicas empíricas de campo, sociométricas, históricas, etc., aunque transitaron por enfoques metodológicos funcionalistas y estructuralistas—reconocidos de manera meritoria por Levi-Strauss y por Malinovsky (1963: XVII)—, estaban articuladas a una adecuada perspectiva cualitativa integradora que le permitieron arribar a una profunda comprensión de la condición humana y apuntalar su humanismo en el nuevo contexto cultural cubano del siglo XX (Portuondo, 1969: 10). Por eso al arribar a su máxima madurez intelectual prevalecería

3 “Actualmente la figura más notable en el sector de los estudios sociales locales es el Dr. Fernando Ortiz, que se ha especializado en ‘negrismo’ (negrología)” (Echánove, 1956: 306).

4 El socialista utópico Diego Vicente Tejera consideró este código como “un triunfo glorioso del positivismo en los aspectos que hoy se desenvuelve” (Tejera, 1926: 323).

una concepción integral del hombre como se aprecia al plantear: “El ser humano tiene que estudiarse en conjunto, tomando en cuenta su complejidad. El hombre es un conjunto de problemas distintos. Por eso las ciencias tienen que irse fusionando cada vez más” (Barnet, 1965: 3).

Fernando Ortiz se formó en el positivismo de fines del siglo XIX pero no del todo por la vía filosófica de Comte y Spencer, sino a través del positivismo jurídico de Lombroso y Ferri. Desde sus primeros años, como manifestó en 1901, se sentía al igual que sus discípulos “inspirados por el positivismo criminológico italiano, por cuya doctrina quebramos nuestras primeras lanzas aún antes de salir de las aulas universitarias (1901)” (Ortiz, 1926: 682).

Su obra destila la reflexión filosófica, dada su variada y voluminosa producción intelectual antropológica, la cual constituye, sin dudas, uno de los más valiosos tesoros de la cultura cubana contemporánea.

Se destacan, al principio, en su producción intelectual, sus consideraciones sobre el delincuente cuando es objeto de investigación científica. En relación con el análisis de las causas de las actividades delictivas, independientemente de su errónea concepción del delincuente como un simple enfermo, ésta resultaba progresista si se le comparaba con el trato recibido normalmente por estos, al considerárseles como fieras enjauladas y tratándoseles como a tales, tan indignantes a la condición humana.

Sus criterios como penalista se fundamentaron en una holística concepción antropológica opuesta tanto a un determinismo absoluto como a las ideas del libre albedrío. A su juicio:

... tampoco el hombre es un grano de arena perdido en el océano e impotente en su inmensidad. El hombre ni es un dios, ni es un átomo, el hombre es hombre, y el hombre nada en el mar de la vida y llegará o no a la playa nadando, según sean sus facultades natatorias, la distancia de la ribera, la fuerza de las olas y sobre todo la voluntad de nadar. El acto humano y por tanto el delito, habrá que concebirlo como una resultante de fuerzas combinadas, subjetivas y objetivas, del individuo y del ambiente. Así lo entiende la criminología moderna (1914: 129).

El culto epistemológico positivista a los hechos, manejados desde una perspectiva científica estarían presentes a lo largo de toda su obra tanto como en *Los negros brujos* (1906), *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940) y *Las cuatro culturas indias de Cuba* (1943), como en sus últimos trabajos. En *Estudio de filosofía jurídica* (1915) y *La filosofía penal de los espiritistas* (1918), se aprecia, explícitamente, un enfoque filosófico del problema que analiza.

Ortiz no se planteó analizar los problemas epistemológicos de modo específico, como un objeto de estudio pero estos afloran en toda su obra. Más bien eludió el abordaje de sus problemas, al considerarlos quizá como insolubles. Buscaba la verdad tras la ciencia, en pos de lo seguro, pero con la duda perenne de no tener seguridad de encontrarla, por eso al hacer la presentación de un filósofo hindú que visitaba La Habana en 1939, y recomendar estudiar el hinduismo, expresó: “no importa que el hinduismo no haya alcanzado la verdad, ¿quién es el vano que puede pretender haberla conseguido?” (1939: 84).

Este relativismo no limitó la labor de investigación científica del autor cubano, ni menguó su confianza en los resultados de la ciencia, ya que no prevaleció en él, en modo alguno, el escepticismo. Pero le condujo en ocasiones a la incertidumbre sobre la objetividad de algunos fenómenos analizados por la ciencia y el convencionalismo, expresado, en esta valoración suya sobre las razas, cuando escribió: “la naturaleza no crea razas, como no crea especies ni géneros; el hombre las inventa para sus fines científicos, sociales, políticos, religiosos, etc.” (1910: 13).

Ortiz también hizo suyas algunas de las concepciones gnoseológicas de otras variantes del positivismo (Guadarrama, 1981: 37-70), como el empiriocriticismo, al coincidir con su presunta “ley del menor esfuerzo”. Según la misma, el hombre va en busca de la verdad por el camino más corto o más fácil, en el cual gasta el mínimo de energía, independiente de que los resultados de su búsqueda no correspondan con la verdad. Es evidente que la esencia anticientífica de este principio nos llevaría a aceptar por verdad algo que realmente no lo es, por el simple hecho de que demos con ésta con el menor esfuerzo.

Ortiz, de acuerdo con esta falsa ley, consideraba que “la misma educación recibida, sea la que fuere, por el influjo de la ley del menor esfuerzo, tiende a llevarnos el pensamiento a rodar siempre por los viejos cangilones abiertos” (1941: 2). Indudablemente puede aceptarse según “ley” también conocida como “principio de la economía del pensamiento” que el hombre siempre busca la exposición más simple de las verdades ya demostradas, así como el camino más corto para la demostración de una hipótesis. Pero lo que resulta cuestionable es aceptar que se pueda deformar la verdad con el objeto de hacerla más asequible. La posición filosófica de Ortiz era en esencia

materialista, no por el simple hecho de que él se considerara a sí mismo como tal, ya que denominaba al positivismo como “materialismo científico” (Ortiz, 1914: 33), sino, en verdad, por su concepción del mundo y del conocimiento de éste, en particular de la sociedad humana, de sus expresiones ontológicas, materiales y espirituales.

Las manifestaciones intelectuales de las culturas humanas —afirmaba— son tan merecedoras de la investigación científica como los materiales y sus expresiones artísticas tanto como las económicas. La debida apreciación de una cultura dada no puede hacerse sin el estudio objetivo de todos sus elementos, así los llamados “espirituales” como los que se dicen “materiales”, pues unos y otros, pese a esa convencional dicotomía, no son sino hechos igualmente humanos, interdependientes e integrantes de la plenitud de esa cultura (1965: IX).

Y en el multifactorial conjunto de elementos que propician el desarrollo social que se revela “por ineludibles e inevitables leyes históricas” (1913: 14) supo otorgarle al factor económico su debida dimensión por lo que recomendaba: “No olvidemos tampoco que la causación de los fenómenos sociales son en gran parte, que suele ser decisiva, los factores económicos...” (1929: 93).

Sin embargo, no siempre apreció debidamente la significación de la participación popular en los acontecimientos históricos, pues prevaleció en él una perspectiva que sobrevaloraba a un reducido “círculo social” o élite protagónica. “La historia de Cuba, sostenía, antes como ahora, la han hecho y hacen muy pocas personas” (1929: 40).

Su perenne búsqueda por los caminos de la ciencia, nunca libre de escollos, le hizo a la larga dar con la verdad y contribuir a su desarrollo en nuestro país. Por esta razón, Juan Marinello, al respecto, señaló:

Y como la objetividad verdadera, la observación sincera y neta, la búsqueda de la verdad a toda costa traen el descubrimiento de la mancuada y la señal del síntoma transformador, toda la obra de Ortiz es, por esencia e intención, un empeño de entraña progresista (1969: 54).

Ortiz tuvo confianza en las posibilidades de la ciencia al considerar lo que era capaz de hacer el hombre si tenía de su lado los conocimientos científicos, pero también reconocía los esfuerzos que implicaba la labor científica. Para él:

Ciencia no es sino previsión, anticipado conocimiento de lo venidero. Pero la ciencia no va sola. Ciencia es paciencia y conciencia. Paciencia para resistir con entereza inflexible los trabajos, infortunios, desengaños y hasta martirios que se oponen a su marcha y a sus triunfos; y conciencia, que no es sino el conocimiento reflexivo de las cosas para cernirlas y poder apartar entre ellas las verdades objetivas de las ideas meramente subjetivas; las experimentales de las que no pasan de ilusiones. La humanidad nunca se resigna a lo ya sabido concienzudamente como previsible; trata de dominar más y más los secretos de la naturaleza, mirando siempre hacia un más allá. Su progreso es asombroso; pero su irreflexiva impaciencia a menudo la hace fracasar y caer en el acomodo

damiento perezoso e irracional que le hace aceptar como ciertas atrabiliarias creencias, hasta los mitos y gnosis de las místicas magias y hechicerías (1949: 28).

Insiste en la función pronóstica de la ciencia e indica cuales son las dificultades que se presentan ante ella. Sugiere cómo el hombre debe ser capaz al desarrollarla y saber diferenciar la verdad de la falsedad erradicando así todas las ilusiones que siempre ha alimentado a las religiones. Uno de los objetivos de la actividad científica de Fernando Ortiz fue tratar de emancipar al pueblo de la superchería religiosa, estudiando sus fuentes y sus manifestaciones como expresiones de la cultura, demostrando su terrenalidad. Esta labor fue también muy progresista y constituye uno de sus méritos en la historia de la cultura cubana. Con razón sostiene López Lemus que:

El «racionalismo científico» de Ortiz puede entenderse como una forma de humanismo, que se expresó en su labor enciclopédica, en su tesón erudito de investigador y sobre todo en la aplicación que todo ello tenía en la sociedad cubana... (2003: 749).

Confiaba profundamente en el empleo emancipador y desalineador de la ciencia, por lo que sostenía: “nunca la humanidad ha sido más dueña de sus destinos que ahora, gracias a las posibilidades dominadoras de la naturaleza con que la ciencia la ha dotado en sólo unos tres siglos de esfuerzo” (1944: 246).

... se debe suprimir todo monopolio hereditario, racial, económico e ideológico; que hay que incrementar a plenitud todas las fuerzas productoras del sustento, salud, comodidades y placeres que embellecen la

vida; que habrán de unirse en cada nación y dentro de una sola humanidad todas las gentes sin distinciones de sangre y pigmentos; que urge extender la educación popular y la superior y sobre todo, como clave intelectual de la vida, racionalizarla más y más y tener la ciencia por suprema norma. Sólo en la ciencia está la liberación verdadera. Sólo en la ciencia está la médula vitalizadora de las humanidades. Y somos nosotros los historiadores, los analistas en las experiencias humanas, los que tenemos el deber de aquilatar todas las otras ciencias en una positiva ciencia social (1948: 32).

Tal logro lo consideró producido por “el avance de la cultura positivista y científica, que lleva a todos los ámbitos del espíritu de objetividad y de realismo analítico” (1938: XV) puesto que para él el positivismo era la única vía para dar con la verdad (1913: 114) y por esta razón recomendaba que toda la enseñanza se sustentara en sus principios.

Es necesario destacar que Ortiz hacía hincapié en el papel preventivo y desalienador de la ciencia. Si bien es cierto que en la mayor parte de sus trabajos investigativos predominaba cierto carácter descriptivo, minuciosamente recopilador, esto no significa que eludiera la formulación de los nexos generales comunes a los fenómenos por él estudiados. Arribaba a conclusiones, pero tras múltiples y largos vericuetos que impresionan al lector por la maravilla de su documentación, pero que a la vez, en ocasiones, llega a detener su atención ante algunos de los árboles, de tal manera que le impiden tener una visión íntegra del bosque.

En la determinación de estos nexos generales veía la premisa necesaria de la acción humana futura. Con ese fin se dedicaba a

la ciencia, imbuida siempre en la idea de la utilidad de sus resultados, especialmente, la significación de la raza negra en la cultura cubana.

Sus pesquisas sociológicas tenían como objetivo:

...ofrecer al sociólogo como un museo donde pueda, sobre datos y materiales avalorados, establecer la participación que la raza negra ha tomado en la evolución de nuestra sociedad y completado este conocimiento con el de los otros elementos, definir sociológicamente lo que somos, lo que hemos sido y ayudar a dirigirnos con fundamentos positivos hacia lo que debemos ser (1913: 154).

Uno de los mayores méritos en el plano ideológico de esa temprana labor consistió en que esta afirmación la hacía precisamente en el mismo año, 1913, cuando se estaba produciendo la llamada insurrección de los independientes de color en contra de la discriminación racial.

A su juicio:

La orientación de la cultura cubana, sin desarraigarse del pasado troncal, ha de ser más y más científica y menos especulativa, retórica y tradicionalista; porque sólo por la ciencia el pueblo cubano podrá ser bien nutrido, bien tratado y llegar a sentirse satisfecho, potente y libre (1944: 246).

Su fe profunda en el carácter emancipador de la ciencia, especialmente, de las sociales, se incrementó como se apreció en 1959, cuando escribe:

El investigador de los seres humanos y sus expresiones colectivas representan la penetración de la ciencia en el estudio de las relaciones sociales y los fenómenos de las culturas, analizando sus verdaderos factores, sus complicaciones y su desenvolvimiento, para que los destinos de la humanidad también sean más y más dirigidos por la razón científica, como ya lo son, con progresivo y asombroso éxito las relaciones de los hombres con la naturaleza cada día más domesticada por las maravillosas y complejas técnicas que están cambiando el mundo (1950: 47).

Esa actitud está presente en toda su obra escrita. Y si bien la delimitación de esos fundamentos se hace en forma particular en cada uno de sus libros, o artículos dedicados a un problema específico, intentó refundirlos en una sola obra que no llegó a escribir, una sociología general que tuviese aplicación en nuestro continente. Esa intención la dio a conocer en 1919 en uno de sus trabajos más interesantes denominado “La crisis política cubana. Sus causas y sus remedios”, que como su nombre lo indicaba tenía la utópica aspiración de resolver de manera magistral los profundos problemas de Cuba mediante un programa político-social de reformas democrático-burguesas, para el cual cifraba sus esperanzas en las nuevas generaciones.

Admiraba “esa juventud que abandona las aulas con caudales de conocimiento y que entra armada y resuelta en la lucha por la vida” (1913: 199) porque confiaba en la juventud como un elemento esencial para mejorar el país.

Siempre pensó: “la cultura es fuerza y la fuerza es independencia” (1910: 54), que

indiscutiblemente es verdad si ella va aparejada a un conjunto de transformaciones socioeconómicas que hagan posible su real desarrollo. Las ideas de Ortiz extralimitadas de las posibilidades de la educación y la cultura se rebelan al plantear:

Nosotros, los que tenemos a diario que dirigirnos al pueblo, sembrando cultura a todos los vientos e infundiendo en las clases populares la idea de que la redención del pueblo mismo y el mejoramiento de sus condiciones sociales estará solamente en el avance de su cultura (1923: 43).

Y en otro momento expone:

Se impone, si hemos de consolidar nuestra república y ésta ha de ser algo más que el compromiso de hábil y convencional equilibrio de cancillerías extrañas, una gran reacción, la de la cultura, para vencer la creciente ignorancia del pueblo, única base de las tiranías y depravaciones públicas y para ilustrar, educar y mejorar al cubano infeliz, que es el único modo de hacerlo libre y en verdad soberano e independiente (1923: 12).

Sin embargo, su labor de propagación cultural y sus arengas constantes al pueblo cubano para que elevase su nivel cultural resultaron muy progresistas, pues era mejor tener a un pueblo preparado para las necesarias transformaciones futuras. Ortiz tenía plena confianza en que la educación y el fomento de la cultura contribuyeran decisivamente al perfeccionamiento de la sociedad civil y la sociedad política de modo que se revirtieran en la superación de las insuficiencias humanas y al cultivo de la solidaridad entre los hombres. Por tal razón consideraba:

La independencia de Cuba tiene peligros internos, que yo no voy a relatar, porque no es ese un objeto. Basta decir que los peligros internos de nuestra independencia se concentran y significan todos en un solo concepto, en nuestra cultura deficiente para compartir la vida de las grandes naciones [...]. Debemos reforzar nuestra cultura mental, nuestra cultura moral, nuestra cultura política, si queremos sin riesgo de nuestra independencia, compartir las ventajas del gran mundo social de las naciones; debemos vestirnos a la usanza de la época moderna (1923: 124).

En otro momento ratificaba su confianza en el papel emancipador de la cultura al afirmar:

Cuba y Nicaragua, víctimas de igual dolencia, irán poco a poco desangrándose, y los pueblos fuertes, que fuertes son porque son cultos, pasarán a nuestro lado sin preocuparse para nada de nuestra agonía [...]. Sólo una civilización interna y difundida podría salvarnos: siendo cultos, seríamos fuertes. Seámoslo (1913: 131-132).

Su profunda confianza en el poder de la educación y la cultura se expresa al plantear que “no son sólo brazos los que debemos importar, sino también cerebros. No sólo sembradores de cañaverales, sino también sembradores de ideas” (1926: 98). Por esta razón consideraba, a principios del siglo XX, que se debía estimular la inmigración blanca para lograr un mejor equilibrio y potencialidad en el cubano.

Sus criterios social-darwinistas, según los cuales se subestimaba la capacidad creativa

y emprendedora del pueblo cubano hacia el fomento de una sociedad superior, se revelaron con frecuencia en sus primeros trabajos, como puede apreciarse cuando exponía:

Acaso nuestro porvenir nacional no sea en el fondo más que un complicado problema de selección étnica-fisiológica y psíquica. Quizás no se trate sino de conseguir que el espinoso cactus de nuestra psiquis criolla (desgraciadamente cruzado con especies de escaso jugo y muchas púas) vaya por escogidos cruzamientos con cactus jugosos y sin espinas, perdiendo estos obstáculos a su utilización, y adquiera los jugos morales y mentales de que carece para poder servir de sustanciosa alimentación social (1913: 87).

Consideraba a tono con su inicial postura darwinista social que “todo individuo tiene su cultura, más o menos poderosa, para su lucha por la vida” (1941: 244). Al identificarse con el evolucionismo spenceriano también tomó sus ideas sobre la sociedad como un organismo, y validez de la lucha por la existencia en la esfera social, etc.; sin embargo, posteriormente, se percató de las consecuencias ideológicas de esta concepción y la combatió. Ortiz, quien dedicó gran parte de su vida a combatir todas las manifestaciones de racismo, tuvo por necesidad que romper con estos criterios. Por eso resulta atinada la afirmación de Ubieta, según la cual: “la sustitución del concepto de «raza superior» por el de «raza de superior civilización» en el análisis de los procesos sociales, impide que Ortiz se extravíe en consideraciones racistas...” (Ubieta, 2003: 101).

Era un convencido partidario del evolucionismo. Siempre pensó que todo lo existente, tanto la naturaleza como la sociedad, estaba sometido a “la férrea máxima evolucionista:

o renovarse o morir” (Ortiz, 1910: 240), que se impone como ley inexorable y que “en su marcha evolutiva no reconoce límites” (1910: 2). Pensaba que en todas las esferas de la realidad los cambios siempre son graduales; cuando afirmaba que “hay que recorrer la escala evolutiva peldaño por peldaño. Si los naturalistas dicen que *natura non facit saltum* los espiritistas podían decir análogamente: *espiritibus non facit saltum*” (1914: 36).

Opinaba que todas las corrientes filosóficas podían ponerse de acuerdo si se aceptaba la evolución como ley fundamental de todo lo existente. Por eso en su análisis sobre las similitudes entre el positivismo y el espiritualismo, aseguraba que “no importa que sean monistas o dualistas, materialistas o espiritualistas, unos u otros pensadores si ambos someten sus respectivos principios al de la evolución” (1914: 34).

La tarea del investigador se dirigía a determinar en qué grado de la evolución se encuentra su objeto de estudio, qué particularidad ofrece, cómo se puede contribuir, etc. Precisamente ese sería al objetivo de sus investigaciones sobre la herencia afrocubana, tratar de colaborar en la erradicación de todos los vicios y supersticiones de algunos sectores de nuestra población. Así lo dejaba expresado en su libro, *Los negros esclavos* (1916), en el que indicaba las aspiraciones de su labor al señalar, “para que libres de prejuicios étnicos; de aberrantes factores artificiales de selección, la evolución superorgánica siga su curso determinado por las fuerzas de la naturaleza encauzadas por sentimientos de amor y cooperación universal” (1916: VIII). De acuerdo con estas ideas Ortiz aspiró en un principio con su labor cultural a sanar “las llagas del organismo social” (1909: 14) y de un modo más humano atenuar la conflictividad social.

El punto de partida de Ortiz al respecto había sido reconocer que en el Universo todo se encuentra enfrascado en una perenne lucha de la cual el hombre no puede escapar,

...el hombre, lo mismo que todos los demás seres del Universo, no lucha sólo contra los seres de su especie y de su raza, lucha con los seres todos de la creación, contra el ambiente mismo, el clima, el Sol, el agua, los insectos, los microorganismos, los seres más insignificantes; no sólo contra las fieras del desierto y de los bosques (1913: 204).

Al principio en acuerdo con las tesis del darwinismo social, etapa inicial de su evolución intelectual, trasladó la lucha de la naturaleza a los parámetros de la sociedad al afirmar:

A pesar de las burlas, a pesar de las críticas de contrarios más apasionados sectarios que imparciales observadores, es lo cierto que, hace ya algunos años, la ciencia positivista adquirió una gran verdad, debido principalmente a Darwin, la del principio de la lucha por la existencia. Todo lucha, donde no hay lucha no hay vida y todo lo que vive tiene que luchar uno y otro día y año tras años hasta el momento en que sobreviene la muerte. Todo lucha; lucha el astro que vaga en los espacios estelares, lo mismo que la infinitesimal molécula o el átomo reducido en la naturaleza a ser un modesto componente de los cuerpos. Todo lucha: las piedras luchan, los seres inanimados luchan; la roca lucha con el embate de las olas y las olas luchan por destruir las petras resistencia de las peñas,

y luchan los insectos; luchan los animales que se devoran unos a otros, según las necesidades de sus instintos y de su condición; y luchan los vegetales, luchan no solamente por absorber la savia y el vigor de la tierra, sino que luchan también por crecer y para desarrollarse; y luchan los hombres y luchan con tal ceguera, que no ahora, sino hace un milenar de años, que un filósofo, que a la vez era poeta, hubo de decir con gran razón que el hombre era el lobo del hombre, que acaso el único enemigo del hombre, era el hombre mismo (1913: 204).

Y en otros momentos Ortiz sostenía:

El hombre, como todos los seres que pueblan el mundo, no puede sustraerse a las leyes inalterables de la naturaleza. El ser humano desde que existe ha de luchar por su propia integridad y por el cumplimiento de sus fines. Si es fuerte subsiste, si es débil sucumbe. La distinta organización física de su persona, la variedad de caracteres con que se nos presenta su espíritu, todos los elementos, en fin, que lo individualizan serán prendas de éxito, en su incesante lucha si plenamente satisface en las necesidades del individuo en el ambiente en que se desarrolla; el cambio, si dichos elementos originarios son deficientes y su mayor o menor adaptabilidad al medio no puede ponerlos en consecuencia con éste, entonces fracasaría el individuo en la lucha y por la ley natural de la selección desaparecerá, se disgregarán sus componentes para seguir bajo nuevos aspectos y en medios apropiados la eterna lucha por la existencia, que se desarrolla

en el inmenso laboratorio cósmico (1906: 14).

Ortiz, al igual que Spencer, trató de atenuar las consecuencias fatales de esa lucha natural del hombre al afirmar que “ese principio que algunos consideran desconsolador pero verdadero, el principio de la lucha por la existencia, viene templado por otro principio no menos exacto, no menos científicamente seguro, cual es el principio de la asociación para la lucha” (1913: 205).

De una forma u otra afloró en Ortiz la preocupación sobre la adecuada relación entre el hombre y la naturaleza en la que se observó en un inicio cierta dependencia de aquel a las leyes naturales, pero finalmente abandonaría ese naturalismo sociológico y justipreciaría mucho mejor la potencialidad específica de lo humano en su intento por dominar tanto las fuerzas sociales como las naturales.

Las concepciones y la labor humanista del científico cubano paulatinamente le harían abandonar su inicial visión socialdarwinista de la condición humana e incluso criticaría sus consecuencias ideológicas al afirmar que:

El darwinismo y el evolucionismo habían reverdecido el concepto de seriación de las razas, de inferiores a superiores, en una hipotética escala progresiva de la humanidad. Y el desarrollo de los imperialismos coloniales de británicos, franceses, alemanes, belgas, italianos y otros, en varios continentes, particularmente en África, dieron nuevo interés político al racismo para justificar, ahora con la antropología, las subyugaciones que antes se bendecían con la Biblia abierta (1942: 11).

Al inicio de su carrera intelectual había compartido las falsas teorías sobre las desigualdades raciales entre los hombres, y llegó a pensar que existía una “evolución de la especie humana hasta llegar a la fase superior, cual es la raza blanca” (1909: 20). Por esta razón en 1906 cuando se debatía sobre la política inmigratoria que debía seguir el país proponía que sólo se permitiera la entrada de blancos ya que,

...se nos ofrece a la vista las razas reconocidamente, atrasadas: la negra y la amarilla. Aparte de otras taras sociales, ambas son más delinquentes que la blanca, porque sus psiquis primitivas o bárbaras se hallan desnudas de los estratos altruistas de que aquella ya ha logrado revestirse (1906: 55).

Y dado que su objetivo era atenuar la delincuencia en el país, consideraba necesario poner trabas a la inmigración de chinos y negros, y estimular “la importación de aquellos nórdicos necesarios para que inyecten en la sangre de nuestro pueblo los lóbulos rojos que nos roba la anemia tropical” (1906: 57). En aquellos momentos se dejó arrastrar por la vieja tendencia fatalista que condenaba a unos hombres a una situación determinada por el simple hecho de pertenecer a una u otra raza, o por vivir en una u otra región del mundo.

Asimismo, Ortiz trató de encontrar un mecanismo también biológico y a la vez social para salvar ese desequilibrio. Se apoyaba en las leyes de la naturaleza para intentar encontrar una salida a lo que se consideraba era nuestra predeterminada condición de pueblos inferiores. Esos mecanismos no eran otro que el que, por un lado, le ofrecía a cada

individuo su cultura en la lucha por la vida⁵ y, por otro, el de la asociación para la lucha.

Innegable es que nuestra civilización no es la más avanzada, que llevamos en nuestra marcha progresiva un inmenso impedimento de razas inferiores, importadas y autóctonas, que los factores telúricos y económicos influyen despiadadamente en la anemia de nuestra mentalidad, que las difíciles comunicaciones interamericanas impiden la conexas intelectual de nuestras repúblicas; pero si nos convencemos y conseguimos llevar a la realización la ley biológica tan olvidada por los latinos, de la asociación para la lucha, podremos algún día presentar un bloque mental iberoamericano bien unido, resistente y bien caracterizado, ante las agrupaciones y escuelas de los pueblos europeos (1906: 57).

Cuando Ortiz analizó, al principio, el proceso de la conquista de América, también atribuyó a causas raciales el hecho de que nuestros pueblos hayan sido sometidos y muchos de ellos exterminados. Simplemente pensó que la raza indígena se vio dominada por la civilización superior, la raza blanca, cuyo mayor desarrollo tecnológico y cultural, le permitió asegurarse la victoria. Pero desde la segunda década de este siglo se observa en él una gradual ruptura con sus anteriores ideas sobre las razas, y algunas leyes sociales. En 1911 llegó a la conclusión de que “la raza es una expresión meramente antropológica que no debe ser aplicada en sociología” (1910: 19).

5 “Todo individuo tiene su cultura, más o menos poderosa, para su lucha por la vida” (Ortiz, 1944: 244).

A partir de ese momento comenzó a sustituir el término “raza” por el de “grupos de civilización” y a reconsiderar que “no hay pueblos, ni civilizaciones fatalmente superiores o inferiores, hay sólo adelantos o atrasos, diferencias en la marcha integral de la humanidad” (1910: 27), para concluir más adelante con la sentencia de que “la historia es un eterno cambio de posiciones en el ejército humano” (1910: 27). Esta concepción es la que le fue conduciendo cada vez más hacia una interpretación mucho más científica sobre las razas, dando lugar a que sus investigaciones alcanzaran una significación muy grande en el ámbito de la cultura cubana.

En los primeros momentos de la pseudorepública (1902-1958), cuando pendía como espada de Damocles sobre el pueblo cubano la Enmienda Platt impuesta por el gobierno interventor norteamericano, cualquier idea disociadora era extraordinariamente nociva, y estimular el racismo contribuía a dividir aún más el país. Ante el peligro de nuevas intervenciones yanquis Ortiz en 1910 indicaba que “el racismo negro y el hispano, vienen con su secuela de pasiones y rencores, a dividir nuestras fuerzas y empedregar nuestro porvenir” (1910: 98).

Estaba convencido de que no era la diversidad de razas sino “el sentido de la nacionalidad es lo que da fuerza y cohesión a los pueblos y lo que te da carácter y razón de ser” (1913: 190). Por eso se planteó como tarea demostrar la falsedad de los divisionismos raciales con el fin de lograr una unidad nacional que pudiese enfrentarse a cualquier intromisión extranjera y que viabilizara un desarrollo económico y social estable.

Replanteado este problema en 1929, Ortiz señalaba:

El racismo divide y es disociador, no sólo desde un punto de vista universal, que ahora nos interesa tanto, sino también desde una mira estrictamente nacional, allá donde, como en nuestras repúblicas, la nacionalidad necesita robustecerse por la creciente integración patriótica de todos sus complejimos factores raciales (1929: 13).

Esa búsqueda de integridad nacional la indicaba Ortiz en momentos muy oportunos, cuando nuestro pueblo requería de la mayor unidad para enfrentarse a la sangrienta tiranía de Machado, y a la que desde el exilio el investigador cubano combatió con su pluma.

Reiteró lo perjudicial que era aventar los prejuicios raciales y se dio a la tarea de demostrar científicamente que las bases del racismo eran insostenibles. Comenzó por aclarar la no existencia de las llamadas razas españolas, anglosajonas, etc., y tras largos años de estudio dio a la luz una obra que tendría una marcada connotación para su época tanto en Cuba como en el ámbito internacional: *El engaño de las razas*, publicado por la editorial del Partido de los comunistas en 1946 en los momentos en que el fascismo internacional había exacerbado hasta sus peores consecuencias los falsos odios raciales.

La labor esclarecedora de Ortiz en relación con las razas fue progresista en la medida en que se emancipó de los criterios social-darwinistas que había mantenido en sus primeros años. De ahí que en 1940 sostuviese una tesis tan avanzada como la siguiente que superaba todas sus consideraciones anteriores, al respecto:

No hay una raza aria, no hay una raza germánica, no hay una raza

anglosajona [...]. Y las connotaciones anatómicas que son las verdaderamente raciales, en nada se relacionan con las capacidades intelectuales de los pueblos y con sus posiciones en la historia (1940: 852).

Propuso sustituir el concepto de razas por el de culturas, pues el primero portaba en sí muchos elementos nocivos cuando se tergiversaba su contenido. Para él:

Las ideas racistas son, al igual, contraproducentes. El concepto de raza, que es el más sobado y de mayor ingenuidad aparente, es también sin duda, muy perjudicial. Ante todo porque es falso. No hay raza hispánica, ni siquiera española. Y menos en América donde conviven las razas más disímiles, con tal intensidad numérica que en no pocas repúblicas no es la que pudiera decirse raza hispánica predominante. El racismo hispánico es tan nocivo a nuestros países de América como puede serlo el “racismo negro” o el “racismo indio” y aun el nórdico o anglosajón, que también agitan algunos en aquellas tierras. El racismo divide y es dissociador, no sólo desde un punto de vista universal, que ahora no interesa tanto, sino también desde una mirada estrictamente nacional, allá donde, como en nuestras repúblicas, la nacionalidad necesita robustecerse por la creciente integración patriótica de todos sus complejísimos factores raciales. (1929: 13)

[Para el profundo conocedor de la cultura cubana] ni hay una raza

cubana. Y raza pura no hay ninguna. La raza, al fin, no es sino un estado civil firmado por autoridades antropológicas; pero ese estado racial suele ser tan convencional y arbitrario, y a veces tan cambiadizo, como lo es el estado civil que adscribe a los hombres a tal o cual nacionalidad (1929: 152).

Uno de los elementos más aportativos de la obra de Ortiz fue haber demostrado científicamente el carácter mestizo de la cultura cubana —como destacó Guillén⁶— y el valor que ese elemento implicaba, en lugar de la subestimación a que comúnmente la consideraban algunas posturas etnocentristas.

Otro campo significativo de atención para Ortiz fue el de la religión, y en particular la influencia de la religión y la música africana en Cuba, encargándose con su labor de reivindicar como valor indispensable cubano frente a aquellos que intentaban avergonzarse de tal vital componente y en su lugar exaltar, en verdad, el debilitado elemento aborigen. Por este motivo Miguel Barnet considera que:

Toda su obra ha sido un intento de subvertir los valores académicos los prejuicios burgueses y la alienación que a capa y espada soñaba forjarse nuestra sociedad con el ideal siboneyista, escamoteando los valiosos aportes de África y sus derivados mestizos (Barnet, 1990: 3).

Concibió las raíces gnoseológicas de la religión al señalar que el hombre en sus

6 “Eso le debemos a Ortiz, hizo familiar, cotidiana, la noción de mestizaje nacional, y fijó para siempre el carácter de nuestra cultura, partiendo de un punto de vista estrictamente científico” (Guillén, 1969: 6).

primeros estadios de desarrollo atribuye a fuerzas sobrenaturales los fenómenos que él desconoce y a los que no puede encontrar una explicación natural. En realidad, como él afirma, en un momento del desarrollo de la humanidad.

...el salvaje pretende explicarse todo lo que ignora, por la religión [...]. Sin que con ello queramos llegar a una definición científica de lo que es el fenómeno social de la religión, pues ello es empeño harto difícil todavía, aún para los más conspicuos sociólogos contemporáneos, no pecaremos de aventurados si decimos que la religión es y ello se ve precisamente con mayor relieve en esta fase primitiva de su evolución, la tentativa de explicación de lo desconocido y el arte de apropiarse las fuerzas ignotas (Ortiz, 1919: 2).

Concebía la religión como una manifestación de la enajenación y la impotencia humana por lo que recomendaba elevar el nivel cultural del pueblo para superar las supersticiones. Pero eludió analizar las condiciones sociales en que las ideas religiosas germinan y se reproducen.

Ortiz parece haberse emancipado desde joven de las creencias religiosas al declararse que no tenía nada que ver ni con el catolicismo, ni con la brujería (1919: 67), ni con los espiritistas y mucho menos con los espíritus al declarar “pues prescindo de ellos en absoluto” (1914: 32). En las condiciones de la Cuba de su época, el hecho que estudiara estos temas con la óptica de un científico le generaba una postura muy progresista y se evidencia cuando indicaba que “la marcha ascensional de los pueblos hacia su bienandanza está muy impedido por el peso agobiador de las supersticiones de todo género” (1949: 29).

Especialmente alentador resultó haber sugerido que “vengan universidades populares, que únicamente avanzará el pueblo que base su avance en bloques de civilización” (1913: 59).

Sus ideas sobre la estructura de clase de la sociedad también estuvieron en un inicio, permeadas por el darwinismo social como se observa en su identificación con la intención de crear una ciencia que estudiara las causas de la pobreza humana: la *pauperología*. Según él, esta ciencia indagaba las causas “naturales” de la existencia de las “clases desheredadas”, al tratar de encontrar en los caracteres somáticos de los pobres las causas de su situación social y a la vez dar alguna explicación al por qué entre sus miembros proliferaba la delincuencia. Opinaba que entre los sectores empobrecidos existía una moral inferior a la de la élite de la sociedad, y con un tono fatalista y biologizante consideraba que la situación social de estas clases era inmodificable porque dependían de factores orgánicos que las ubicaban en ese estatus. En 1907 pensaba que:

...el pobre no es —como se entiende generalmente— el individuo falto de recursos monetarios, sino aquel individuo que lucha por la vida con desventaja, sin el arsenal de armas económicas, intelectuales, psíquicas, orgánicas, etc., que para la vida exige el medio ambiente en que éste ha de desarrollarse. Es decir que si a los que llamamos pobres, les diéramos de improviso una fuerte suma de dinero, no por eso dejarían de ser en el acto individuos antropológicamente pobres, pues sus ideas serían las mismas, sus imprecisiones los llevarían a idénticos funestos resultados y sus vicios hallarían

pábulo en su improvisada riqueza económica (1907: 2).

El criterio fatalista que imperaba en aquel momento inicial de la evolución de su pensamiento lo llevaba a pensar que la pobreza no tendría entonces otra solución que no fuese lograr la nivelación social por medio de la cultura y la educación, por eso en 1907 planteaba: “Mientras los pobres no alcancen un mejoramiento intelectual, económico, moral, un avance completo, en fin no ha de importarles la conquista simple de los cargos públicos ni el ejercicio del poder” (1907: 26). Pero afortunadamente no se quedó en estas posiciones y sus ideas al respecto fueron evolucionando.

Durante algún tiempo consideró que lo que diferenciaba a las distintas clases sociales era su diferente psicología y renunciaba a tener en consideración el factor económico, como expresa en su obra *Los negros esclavos*. En 1937 aún hacía referencia a “Las clases ingenuas y desheredadas” (1937: 8) y como solución para superar su situación mantenía básicamente como vía la superación cultural. Era lógico que un individuo enemigo de los odios de clase, que aspiraba a una conciliación de las clases y no a su enfrentamiento, soñara con eliminar por medios pacíficos, lo que él llamaba “cruenta lucha de clases” (1937: 26), con el objetivo de “rechazar los odios de clase” (1914: 53) y evitar la violencia revolucionaria.

En 1950 se pensó que se estaba produciendo una más fácil “movilidad social” entre las clases como planteaban algunos ilusos sociólogos que estaban obligados a buscar alternativas ante la inminente conflictividad. Por esa época creía que “Hoy en día la creciente capilaridad social, que ha hecho mucho más frecuente que antaño los traspasos, ascendentes o descendentes,

de una clases sociales a otras (clasificando, desclasificando y reclasificando a los individuos)...” (1965: XII).

Pero como analítico observador de su época fue reconociendo que la lucha de clases expresaba algo más profundo que una simple disparidad psicológica, que ésta encerraba la terrible desigualdad que ubica, a una mayoría en las condiciones de miseria en tanto que una élite monopoliza la riqueza.

Al concluir la Primera Guerra Mundial planteó “que los grandes problemas económicos de la guerra han caído de repente sobre el proletariado” (1914: 136) por lo que justificó las crecientes huelgas obreras en Europa, pues anhelaba “la consecución pronta del evolutivo mejoramiento íntegro del proletariado universal” (1913: 103).

Apoyaba las justas demandas económicas de los obreros y se lamentaba de que junto a las manifestaciones populares no se encontraran intelectuales de renombre que pudieran orientar a ese proletariado. Dado que él consideraba que el pueblo cubano no estaba eficientemente preparado para la lucha política por su incultura, opinaba que se debían dejar orientar por alguna personalidad. Lo consideraba como grupos acéfalos, que no eran capaces de autodirigirse y engendrar sus propios líderes.

Mas no importa –se lamentaba– si Cuba libre no tiene hoy el apóstol de los ideales que guía a los pueblos en los momentos críticos de su historia, la labor perseverante de los modestos pensadores que tienen fe, en las escuelas primarias, como en los institutos superiores, en la prensa como en los círculos, debe suplir la falta del filósofo general y contrarrestar la labor disolvente

de los escritores pesimistas (Ortiz, 1913: 46-47).

Ortiz se caracterizó por rechazar el pesimismo y las posiciones escépticas de Varona a principios del pasado siglo XX. De manera algo ilusa Ortiz pensaba que Cuba lo que necesitaba era un gran filósofo nacional.

Pero cuando aconteció la revolución de octubre en Rusia, la onda expansiva de este acontecimiento histórico universal motivó en él la lógica turbación que produjo en tantos hombres de su generación y de sus ideas. En esos momentos en que Cuba de nuevo se veía sacudida por las batallas de los politiqueros que recíprocamente trataban de arrebatar al poder, Ortiz una vez más solicitaba:

La colaboración de nuestras energías, máxime en estos tiempos que corren por el mundo, en esta gestación de una edad que afirmará por siempre el triunfo de la libertad contra toda tiranía, contra la tiranía de los caciquillos políticos usurpadores de la voluntad popular, contra la opresión económica de los magnates parasitarios del proletariado que sufre... (1919: 66).

Aspiraba a “la consecución pronta del evolutivo mejoramiento íntegro del proletariado universal” (1913: 103). Según sus criterios sólo exigía el establecimiento de un Estado democrático en el que los obreros tuvieran representación parlamentaria y un conjunto de derechos entre los que se destacaba el de la huelga. Con este fin solicitó desde su posición en la Cámara la promulgación de una ley de huelgas para Cuba. Aspiraba a que la clase obrera creara cooperativas de consumo, organizaciones de bases, escuelas, etc., y todo lo que con-

tribuyera a su mejor desenvolvimiento en la sociedad siempre y cuando estas medidas no trajeran implícita la violencia.

Su visión sobre las clases sociales fue supurándose en la medida que el proceso revolucionario mundial y nacional se fue incrementando. Prueba de esto fue su mantenida solidaridad con la Unión Soviética, incluso en los más oscuros años de la guerra fría y su identificación con el triunfo de la Revolución cubana en enero de 1959.

Ortiz, al igual que otros intelectuales de su generación, interesado en la cuestión de las formas de lograr el perfeccionamiento humano se vio obligado a analizar tanto la diferenciación social como el porqué de las distintas formas de luchas sociales, de clases, ideológicas, así como a los procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios del siglo XX, tanto en Cuba como a nivel mundial, y por este motivo valoró el tema del papel de las grandes personalidades en la historia.

Aunque en 1913 afirmó que “la historia de Cuba, antes como ahora, la han hecho y hacen muy pocas personas” (1913: 40), estaba convencido que el movimiento social no era el simple producto de voluntades aisladas. Sabía muy bien que este estaba sometido a “ineludibles e inevitables leyes históricas” (1913: 40). Siempre mantuvo el firme criterio de la objetividad de las leyes sociales considerando tarea de la sociología el estudio de las mismas, a fin de que el hombre pudiese valerse de su conocimiento para la acción práctico-social. Y como fundamento de esas leyes, como causa decisiva situaba a los factores económicos, como lo demuestra su análisis sobre las guerras cubanas de liberación nacional.

Evidentemente, las personalidades más significativas de intelectualidad cubana de la primera mitad del siglo pasado, entre las

que se destaca Ortiz, se vieron obligadas a reflexionar sobre algunos de los problemas básicos en cuanto a la condición humana porque el esclarecimiento de esta problemática era necesaria para orientar su postura práctica y teórica en el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo cubano.

Sus criterios positivistas iniciales le conducirían a pensar que la “solidaridad social”, estimulada por el afecto, la sensibilidad, la compasión, la ternura, cultivadas en el hogar y en las escuelas (1913: 215), evitaría todos los enfrentamientos sociales entre las clases y entre las naciones.

Pensaba que dicha solidaridad iría agrupando a los hombres y eliminando el individualismo. Incluso de esa forma concibió la formación de los distintos tipos de monopolios. Consideraba que la agrupación de capitalistas en trust, cartel, etc., al igual que la unión de los obreros en sus sindicatos era un buen síntoma de una sociedad futura más solidaria (1913: 13) y por algún tiempo pensó que reinaría esa armónica solidaridad en las relaciones entre los países poderosos y los atrasados.

Primero se ilusionó con los supuestos beneficios que traería para Cuba la “ayuda” norteamericana. Pero muy pronto la historia le iría abriendo los ojos hasta llegar a comprender la esencia explotadora del imperialismo norteamericano. Cuando se produjo la intervención de Estados Unidos en Cuba. En 1906 denunciaría: “nuestros tutores los yanquis, destinados a beneficiarse de nuestras desigualdades” (1973: 58).

Cada nueva intervención del poderoso vecino no sólo en Cuba sino en otros países le confirmaría sus criterios sobre la voracidad apasionada del imperio del norte. En 1924 solicita revitalizar el programa revolucionario de 1895 por la crisis que observa en la vida cubana y la amenaza de nuevas in-

tervenciones norteamericanas. “La cultura cubana –denuncia– está en grave riesgo de irse debilitando hasta poner en peligro la capacidad para el gobierno propio” (1973: 73).

En el proceso radical de su pensamiento sociopolítico en 1939, en los momentos en que se enfrentó al fascismo porque ahogaba la cultura y la libertad de expresión, llegó a plantear que “Monocultivo y monocultura no son sino monopolios que aseguran la subyugación a intereses extraños”. En plena Segunda Guerra Mundial expuso que “Los enemigos de la cultura (los fascistas P.G⁷.) están desatando una guerra contra los elementos positivos del progreso humano” y por esta razón se identificó con la decisión de Estados Unidos y Cuba de declararle la guerra al eje fascista, ya que consideraba que “la cultura no puede ser neutral” (1942: 86).

Durante la lucha revolucionaria contra la dictadura de Gerardo Machado denunció de manera abierta a Estados Unidos como culpables de aquella desastrosa situación y sus nefastas consecuencias para el pueblo de Cuba. En 1940, en su *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, hizo un balance de la historia de Cuba y la de su relación con el voraz vecino del norte en el que indicaba: “del capitalismo industrial y mercantil se ha pasado al supercapitalismo bancario o financiero, que hoy constituye la plutocracia extranjera que gobierna la vida económica de Cuba” (1963: 62-63). A partir de esta obra sus críticas al capitalismo son más agudas y profundas, sobre todo critica el afán de dinero que reina en esa sociedad y lo que esto trae aparejado. Por tal motivo tiene una mayor claridad de la justificada lucha de los socialistas y comunistas, aunque no comparta con ellos su ideología.

7 Según Pablo Guadarrama (P.G.).

Desde el principio de su carrera intelectual conocía las bases del socialismo y siempre se refirió a Marx como uno de los grandes pensadores indispensables de la civilización contemporánea (1913: 15), pero nunca aceptó la validez de las aspiraciones del socialismo, por no coincidir con su concepción evolucionista y postura reformistas sobre el desarrollo futuro de la sociedad. Así, Ortiz lo dejó expresado a inicios de siglo cuando analizó las posibles influencias que traerían el incremento de la inmigración extranjera.

Hay que prepararse también a recibir a oleadas el fermento de las agitaciones económicas, pues con la grande inmigración vendrán a intensificarse los ideales socialistas, ya digeridos por el proletariado europeo, y contra los inconvenientes de un futuro trastorno revolucionario habrá que prepararse con una sensata y a la vez audaz legislación obrera, como las que van implantando las naciones europeas, como ley de accidentes de trabajo, seguro de la vejez, reglamentación del trabajo de las mujeres y niños, creación de cooperativas de consumo, tribunales arbitrales, reglamentos de huelgas, etc., todas esas reformas evolutivas, en fin, de que carecemos en absoluto (1906: 59).

Toda reforma progresiva que posibilitara un mejoramiento en las condiciones de vida del pueblo cubano encontró su apoyo. Propugnaba por una sociedad democrática la cual se conquistó por una vía gradual y eminentemente cultural, porque pensaba que sólo “la cultura al día, siempre en alerta y ejercicio, puede amenguar los excesos catastróficos de las revoluciones y los excesos salvajes de las tiranías” (1938: 2). Temía tanto a las revoluciones –las cuales

llegó considerar en principio como enfermedades sociales producidas por algunos militares⁸– como a las tiranías porque su pensamiento evolucionista y democrático lo llevaba a privilegiar la estabilidad, el orden y el progreso gradual, tan elogiado por los positivistas.

Sin embargo, tal como sucedió en el caso de Enrique José Varona y de Manuel Sanguily, ese distanciamiento teórico con los métodos revolucionarios se tornó maleable cuando las circunstancias históricas hicieron necesario que el pueblo cubano emprendiera necesarias transformaciones revolucionarias. Cuando se generó el proceso revolucionario de los años treinta, junto al sentir y a las luchas del pueblo cubano frente a la sangrienta tiranía de Gerardo Machado, el autor cubano se solidarizó con esta lucha.

Nunca fue un hombre de acción, y por tanto, su enfrentamiento no podía trascender más allá de la pública denuncia y el exilio. Cuando ya al final de su vida de nuevo los cubanos se lanzaron en la década del cincuenta a la lucha revolucionaria contra la dictadura de Fulgencio Batista, también estuvo presente el aliento y el saludo del viejo investigador a las nuevas generaciones que tomaban en sus manos el futuro.

También fue significativa su viril postura contra el fascismo, desde que comenzó a manifestarse y cuando lamentaba la muerte de su exsecretario personal, Pablo de la Torriente Brau en las solidarias Brigadas Internacionales en defensa de la España Republicana. Sufrió como propia la derrota del proceso revolucionario español y festejó el triunfo

8 “...las revoluciones las hacen los generales enfatuados, que el uniforme militar no quita a la sangre criolla, ni un solo grado de calor, ni impide que el sol inflame los cerebros y haga hervir las ideas” (1913: 33).

del Ejército Rojo sobre el nazismo, por eso no vaciló en asumir la presidencia de una sociedad cubana solidaria con el pueblo soviético. Sin embargo, en ocasiones su postura política no fue bien apreciada como el mismo reconoció en 1938 al sostener: “Unas veces se nos tacha de izquierdistas y otras de derechistas, sin duda por no haber fijado todavía la humanidad donde está el verdadero centro que puede servir de punto indudable de referencia. Vivimos, aquí como en todas partes, en total relativismo” (1938: 2). Y dado que su inicial perspectiva positivista le había inducido a rechazar cualquier tipo de absolutización por considerarla terreno de la metafísica, por eso sostenía que: “No hay absolutos en todo lo humano y la música es lenguaje del mundo de los humanos” (1965: 116).

Fueron evidentes sus críticas crecientes al pragmatismo propio de la sociedad capitalista y su nocivo efecto tanto en el plano económico como en el cultural, esto se aprecia al analizar las políticas económicas que se intentaban implantar en la industria tabacalera.

La fama mundial del tabaco habano es la de ser *el mejor*; es decir la de su calidad. Pero el capitalismo, meramente cuantitativo, que sólo aspira a las desaforadas ilimitaciones de dinero y desprecia las éticas y estéticas limitaciones esencialmente cualitativas de la individualidad humana, pretende en Cuba que el tabaco habano gane en cantidad aun a riesgo de su calidad. (1963: 503).

Ortiz criticó el proceso de proletarización que se observaba ya en su época con los campesinos, incluso de la pequeña burguesía cubana (1963: 53).

Promovió el recíproco conocimiento de los pueblos toda la América, tanto la del Norte como la del Sur, por lo que propuso el inter-

cambio estudiantil y la creación de colegios panamericanos como “un noble y reflexivo esfuerzo de alto idealismo internacional” (1927: 10).

La obra de Fernando Ortiz constituye uno de los más destacados monumentos intelectuales de la cultura cubana que indudablemente se caracteriza por dar continuidad y haber enriquecido significativamente la postura humanista, desalienadora, emancipadora y progresista propia de los mejores exponentes del pensamiento cubano.

Dada su trascendencia internacional dignificó la producción científica nacional en una perspectiva transdisciplinar en la cual la antropología, la sociología, la etnología, la musicología, el derecho, la historia, la economía, la filosofía, etc., se entretajan en una auténtica síntesis creativa que aporta a la cultura universal, como ha reconocido la UNESCO y numerosas personalidades intelectuales por sus contribuciones a las ciencias sociales, como se aprecia en su concepto de *transculturación*⁹.

Algunas valoraciones de la significación internacional de su obra llegan a establecer una recíproca dependencia del conocimiento de Cuba y de su “tercer descubridor”, como se aprecia en esta afirmación: “A Ortiz se le considera como el cordón cerebral que une a la intelectualidad cubana con el resto del mundo y a Cuba, si se le conoce de fronteras hacia afueras, es por ese laborar intenso de Ortiz durante cuarenta años”.

Del mismo modo que resulta difícil encasillar la amplia y diversa obra científica e intelectual de Ortiz en una disciplina estrecha,

9 “El doctor Ortiz redondeaba con posterioridad su pensamiento al aclarar que no sólo se *transculturaban* los seres humanos, sino también las instituciones y las cosas atinentes a la vida social” (Iznaga, 1982: 16).

porque siempre desbordan los parámetros reconocidos, usualmente de cada una de estas, de la misma forma es casi imposible clasificarlo desde el punto de vista filosófico en algunos de los acostumbrados *ismos* que exigen los cánones académicos tradicionales. Pues más que transitar por algunas de las principales escuelas y corrientes del pensamiento universal, especialmente del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, no se dejó seducir definitivamente por ninguna de ellas, ni siquiera con la positivista, que tanto le entusiasmó inicialmente. Bebió de muchas fuentes intelectuales, y al estilo de los *librepensadores*¹⁰, supo hacer del electivismo, que había caracterizado a otros pensadores cubanos y latinoamericanos desde la Ilustración una de sus mejores armas epistémicas y axiológicas. Y si tampoco se permite la licencia de considerarlo como un librepensador, lo que si nadie podrá negar es que el pensador cubano lo inspiró siempre un ardiente anhelo de mostrar un “pensamiento libre” (Ortiz, 1919: 66).

En correspondencia con ese principio como director de numerosas revistas intento siempre una actitud imparcial en cuanto a la publicación de trabajos de intelectuales tanto de derecha como de izquierda, siempre y cuando prevaleciera el decoro

10 Los librepensadores pueden ser considerados por diversas características, entre ellas, se destacan: “predicar la tolerancia religiosa, aplaudir el racionalismo –en el sentido que adquirió este término en la época de la Ilustración–, defender el deísmo, la religión natural (y a menudo racional) y, en algunas ocasiones, el materialismo y el ateísmo, manifiestos o disfrazados. Los librepensadores en cuestión rechazaron casi siempre los misterios sobrenaturales de las iglesias ‘oficiales’. A veces opusieron a ellos un cristianismo ‘primitivo’ a su entender más puro. A veces opusieron el Estado a la Iglesia como medio de fomentar la tolerancia religiosa” (Ferrater, 1994: 2148-2149).

de la calidad y el respeto tolerante (1941: 12).

Por eso, dado su arraigado ideal democrático, se opuso a todo tipo de personalismo (1913: 177) y de totalitarismo en el plano de manejo cultural.

Ahora bien, ese culto a la libertad no era simplemente retórico en Ortiz, sino que estuvo articulado a una profunda convicción de que había que hacer todo lo posible por “conquistar para siempre la libertad del mundo” (1941: 15) y de los individuos y sectores sociales que fuesen víctima de algún tipo de coacción como sucedía con las mujeres. Por eso saludó la creación de la Federación Nacional de Asociaciones Femeninas de Cuba y la celebración en 1923 del I Congreso Nacional de Mujeres (1923: 2).

En su labor jurídica le dedicó mucha atención a los procesos penales, pero especialmente con la intención de salvaguardar la libertad de los individuos honrados y evitar que la delincuencia atentara contra la seguridad de los ciudadanos.

La dactiloscopia no es solamente una garantía social contra el delincuente; es algo más importante, es una garantía del inocente contra la falsa imputación, es una garantía de la permanencia de la individualidad del ciudadano en todos sus actos de la vida jurídica, es una garantía de la libertad. Sea fruto de democracia en los pueblos libres (1913: 244).

Como intelectual orgánico, comprometió algo más que su pluma con las más nobles causas del pueblo cubano y de la humanidad en la época que le correspondió vivir por lo que asumió arriesgadas posturas políticas, como el solicitarle públicamente al dictador Gerardo Machado y a todo su gobierno que renuncia-

sen para salvar al país y castigar a aquellos que habían cometido delitos (1973: 139).

Fue un declarado enemigo de las guerras, que a su juicio lo único que hacían era retrogradar el género humano. En 1906 expresó:

La única manera que se odie a la guerra es patentizar su lado cruel exclusivamente. Cuando viene a mi mente el Museo de la Guerra y la Paz pienso en el despilfarro de fuerzas que la humanidad somete destruyéndose a sí misma (1906: 364).

Su visceral humanismo se articuló siempre a su pacifismo, pero orgánicamente vinculado a la lucha política, que jamás evadió, sino que por el contrario asumió en su tiempo y modo.

La monumental obra de Fernando Ortiz constituye uno de los mayores ejemplos de la evolución filosófica, ideológica y científica que se observó en una de las tendencias principales del pensamiento cubano de la primera mitad del siglo XX. Esta evolución se puso de manifiesto por medio de sus principales reflexiones antropológico-filosóficas referidas a la condición humana que se vieron avaladas por su prolífica labor investigativa. Su larga vida le permitió percibir tanto la alienante época colonial, con sus cercanas secuelas de la esclavitud, así como y neocolonizada primero, posteriormente la trayectoria de la pseudorepública mediatizada por el intervencionismo yanqui y esquilhada por la corrupción de los gobernantes, en especial, durante dos dictaduras, las que encontraron distanciamiento y críticas por parte del pensador cubano. Por último tuvo la oportunidad de compartir sus últimos diez años de vida con las nuevas circunstancias producidas por el cambio revolucionario orientado hacia el socialismo.

Un estudio de la trayectoria del pensamiento de Ortiz —en esas distintas etapas de la historia cubana— revela, por un lado, el enriquecimiento gradual, pero marcado de su proyección humanista y desalienadora, que superó algunos lastres social-darwinistas de sus primeras concepciones y se enrumbo por una comprensión más holística y compleja de la condición humana, que le permitió enfrentarse al racismo y a toda manifestación subestimadora de las potencialidades de los pueblos latinoamericanos y caribeños, entre estos el propio.

Su labor tuvo una extraordinaria incidencia cultural e ideológica en ese plano, pues al ser reconocido como una de las personalidades intelectuales cubanas más prestigiosas de la época incidiría de algún modo en el repliegue circunstancial de las tendencias misantrópicas y discriminatorias enarboladas por una minoría de la generación intelectual de su tiempo.

El hecho de mantenerse a lado de su pueblo en esos años después del triunfo revolucionario lo diferencia claramente de otros que buscaron en el exilio la mejor “solución” a los problemas nacionales. No cabe duda que la obra de Ortiz no sólo se inscribe entre la más valiosa producción intelectual cubana del siglo XX, sino que se caracterizó por fehacientemente haber dado continuidad y enriquecido por su erudita y multifacética labor investigativa, y cultural la tendencia humanista, que se enfrentó a múltiples elementos alienantes de la sociedad cubana, entre los que sobresalían el racismo y el misticismo religioso. Su entrañable labor científica contribuyó a la valoración de los componentes esenciales de la cultura cubana, en especial su música, danzas, instrumentos musicales y expresiones lingüísticas.

La complejidad del objeto de sus investigaciones: la cultura cubana, le obligaban cons-

tantemente a romper con prejuicios metodológicos y a construir sus propios métodos de análisis. No es de extrañar que fuese elogiado por positivistas, funcionalistas, estructuralistas, marxistas, historicistas, etc., porque cada uno de sus admiradores veía en su obra un referente paradigmático que enaltecía el conocimiento de la cultura cubana, caribeña, iberoamericana y, en definitiva, universal.

Referencias

- Barnet, M. (1965). *Cinco preguntas a Fernando Ortiz*. La Habana.
- Barnet, M. (1990). *El Fernando Ortiz que yo conocí. Autógrafos cubanos*. La Habana: Ediciones Unión.
- Cuba en la mano*. (s. d.).
- Echánove, C. (1956). La sociología en Centroamérica y en Las Antillas. En Gurvitch, G y W. Moore. *Sociología del siglo XX* (t. II). Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- Ferrater, J. (1994). *Diccionario de filosofía*. Barcelona: Editorial Herder.
- Guadarrama, P. (2004). *Positivismo y antipositivismo en América Latina*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Guadarrama, P. (1981). La huella del positivismo en la obra de Fernando Ortiz. *Islas. Marta Abreu de Las Villas*, núm. 70, 37-70.
- Guillén, N. (1969, 12 de abril). *Granma*, núm. 55. La Habana: Casa de las Américas.
- Iznaga, D. (1982, 25 de junio). Fernando Ortiz: la transculturación, concepto definitorio. *Bohemia*, núm. 74.
- López, V. (2003). La obra de madurez de Ortiz. En *Historia de la literatura cubana*. Instituto de Literatura y Lingüística
- “José Antonio Portuondo Valdor” (t. II). La Habana: Letras Cubanas.
- Malinovsky, B. (1963). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Santa Clara: Universidad Central de Las Villas.
- Marinello, J. (1969, 18 de abril). Don Fernando Ortiz. Notas sobre nuestro tercer descubridor. *Bohemia*, 61(16).
- Ortiz, F. (1906, febrero). Base para un estudio sobre resarcimiento del daño personal del delito. *Derecho y sociología*, 2(1).
- Ortiz, F. (1906). La inmigración desde el punto de vista criminológico. *Derecho y sociología*, 5(1).
- Ortiz, F. (1906). Museo de la guerra y de la paz. *Cuba y América*. (s. d.).
- Ortiz, F. (1907, 12 de enero). Pobres, pobres. *Cuba y América*, 2(XXIII).
- Ortiz, F. (1909, 4 de noviembre). César Lombroso. *Cuba y América*, 4(XXX).
- Ortiz, F. (1910, marzo-abril). Las rebeliones de los afrocubanos. *Revista Bimestre Cubana*, IV(2).
- Ortiz, F. (1910). *La reconquista de América*. París: Librería Ollendorf.
- Ortiz, F. (1913). *Entre cubanos*. París: Librería Ollendorf.
- Ortiz, F. (1913). *La identificación dactiloscópica* (edición oficial). La Habana: Secretaría de Gobernación. República de Cuba.
- Ortiz, F. (1913, octubre). Un libro sobre una patria. *Cuba y América*, vol. II. *Época*. I(1), 46-47.
- Ortiz, F. (1914, enero-febrero). La filosofía penal de los espiritistas. *Revista Bimestre Cubana*.

- Ortiz, F. (1914, enero-febrero). La filosofía penal de los espiritistas. *Revista Bimestre Cubana*.
- Ortiz, F. (1914, enero-febrero). La filosofía penal de los espiritistas. *Revista Bimestre Cubana*.
- Ortiz, F. (1914, enero-febrero). La filosofía penal de los espiritistas. *Revista Bimestre Cubana*.
- Ortiz, F. (1914, enero-febrero). La filosofía penal de los espiritistas. *Revista Bimestre Cubana*.
- Ortiz, F. (1914, enero-febrero). La filosofía penal de los espiritistas. *Revista Bimestre Cubana*.
- Ortiz, F. (1916). Los negros esclavos. *Revista Bimestre Cubana*.
- Ortiz, F. (1919, enero-febrero). Las fases de la evolución religiosa. *Revista Bimestre Cubana*, 2 (XIV).
- Ortiz, F. (1923). *En la tribuna*. La Habana: El siglo XX.
- Ortiz, F. (1923). La espina. *Revista Bimestre Cubana*.
- Ortiz, F. (1926). *Discursos*. La Habana: El siglo XX.
- Ortiz, F. (1927). *La creación del colegio panamericano*. La Habana.
- Ortiz, F. (1929). *José A. Saco y sus ideas cubanas*. La Habana.
- Ortiz, F. (1937, enero). Presentación del guiñol o títeres. *Ultra*, 7(II).
- Ortiz, F. (1937, enero-febrero). El anhelo de las corporaciones económicas. *Revista Bimestral Cubana*, 7(II).
- Ortiz, F. (1938). Prólogo. En Lachatañera, R. *¡Oh, mía Yemaya!* Manzanillo: Editorial El Arte.
- Ortiz, F. (1938). Ya el tercer año. *Ultra*, 25(V).
- Ortiz, F. (1939). En el cuarto año. *Ultra*.
- Ortiz, F. (1940). *Evocación cubana*. La Habana.
- Ortiz, F. (1941, mayo-junio). El primer deber del hombre. *Ultra*, 59(X).
- Ortiz, F. (1941). *Por la libertad de Cataluña*. La Habana.
- Ortiz, F. (1941). Urgencias de la cultura en Cuba. *Revista Bimestre Cubana*, 3(LIII), 244.
- Ortiz, F. (1942). *Martí y las razas*. La Habana: Molina.
- Ortiz, F. (1944, mayo-junio). Urgencia de la cultura en Cuba. *Revista Bimestre Cubana*, vol. LIII.
- Ortiz, F. (1948). *Momento actual de América*. Matanzas: Ateneo de Matanzas.
- Ortiz, F. (1949). Tata Mbumba, mi colega de Songo. *Bohemia*, 26(41).
- Ortiz, F. (1950). Paz y luz. *Revista Bimestre Cubana*.
- Ortiz, F. (1963). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Santa Clara: Dirección de Publicaciones Universidad Central de Las Villas.
- Ortiz, F. (1965). *Africanía de la música folklórica de Cuba*. Santa Clara: Universidad Central de las Villas.
- Ortiz, F. (1973). *Órbita de Fernando Ortiz*. La Habana: Ediciones UNEAC.

Portuondo, J. (1969). Fernando Ortiz: humanismo y racionalismo científico. *Casa de Las Américas*, 55(X).

Tejera, D. V. (1926). *Órbita de Fernando Ortiz*. La Habana.

Ubieta, E. (2003). La obra inicial de Ortiz. En *Historia de la literatura cubana* (t.

II). La Habana: Instituto de Literatura y Lingüística “José Antonio Portuondo Valdor” - Editorial Letras Cubanas.